

\* PROGRAMA 13 <sup>D</sup> \*

Cinematografía en color

Gaumont

Documentaria

Villafranca - Vernet - les - Bains

**EN LOS PIRINEOS**

Línea eléctrica de Villafranca-Vernet-les-Bains a  
Burg-Madame



## L. Gaumont

Esta bella película nos traslada a la región de los Pirineos y hace desfilan ante nuestra vista una sucesión de preciosos paisajes, tomados en la nueva línea eléctrica de vía estrecha que hace poco ha inaugurado la C.<sup>a</sup> de Ferrocarriles del Mediodía de Francia.

Esta línea empieza en la estación de Villafranca-Vernet-les-Bains, donde termina la de vía normal de Perpignan, y se dirige hacia la ciudad fronteriza de Burg-Madame, pasando antes por las estaciones de Sardinya, Joncet, Olette, Thuès, Fontpedrusse y Montluis.

El viajero parte de una comarca de clima mediterránico, en donde se encuentran viñas, e higueras, y elevándose progresivamente llega hasta la elevada meseta de Cerdaña, en donde el clima y el paisaje varían por completo.

Los panoramas que presenciamos durante el trayecto son de los que se quedan grabados por mucho tiempo en la memoria.

Para tender esta línea han debido procederse a distintos trabajos metalúrgicos de gran mérito, entre los cuales merecen citarse el Viaducto Sejourné, que franquea el Tet, y el puente Gislard de nuevo tipo (puente suspendido rígido) que atraviesa el mismo río, después de pasada la estación de Fontpedrusse, a más de 80 metros de altura.

De uno y otro nos da notables vistas, esta interesante película, que es de esperar será acogida con beneplácito por el público.





## Aviso al bello sexo



### Comedia

Era Doña Cruz Taceo una viuda, ya de cierta edad, a quien su viudez pesaba, abrumadora, avinagrando su carácter hasta un extremo imposible de tolerar.

Una mañana, de paseo por los alrededores de la quinta en donde vivía en compañía de sus dos criadas, halló junto a las tapias de la misma a un viejo pordiosero de sórdido y miserable aspecto que al verla, tendió hacia ella su mano mugrienta en demanda de una limosna. La viuda rechazóla con un gesto de asco, asestó al insolente una mirada indignada, y entró apresuradamente en su casa, en donde su mal humor halló de nuevo en donde cebarse, en las personas de sus dos sirvientas.

Púsose a leer el periódico y de pronto un artículo le hizo saltar de su asiento. Lo encabezaban estas llamativas: AVISO AL BELLO SEXO y decía:

«Queriendo ser amado por sí mismo y no por su inmensa fortuna Jim Damohn, el Rey de los Cacaos se ha disfrazado de pordiosero y elegido por esposa a la joven que le ha demostrado con tal disfraz, mejores sentimientos.

Ahora bien, su hermano Samuel Damohn, el Rey de las Estalacticas Alimenticias se halla en esta ciudad. Como tiene el mismo carácter que su hermano todo inclina a suponer que le animan idénticos propósitos.

Sus señas son: rostro un tanto pálido, pelo abundante, aire desengañado, mirada serena, barba espesa...»

—No hay duda... Es él!—gritó alborozada doña Cruz.

Claro es que se refería al pordiosero que momentos antes había visto junto a la tapia de su propiedad. Púsose el sombrero y corrió a aquel sitio. Allí estaba dando chupadas a una colilla que debía haber encontrado en el suelo. Era él! no cabía duda... Las señas coincidían.

Acercose al miserable solícita, con semblante risueño y le invitó a tomar posesión de su casa. El vagamundo, extrañado de tan brusco cambio siguió a su protectora hasta el coquetón saloncillo de su casa, en donde su mirada se perdió, extasiada, en la profusión de objetos raros, nunca vistos que lo adornaban.

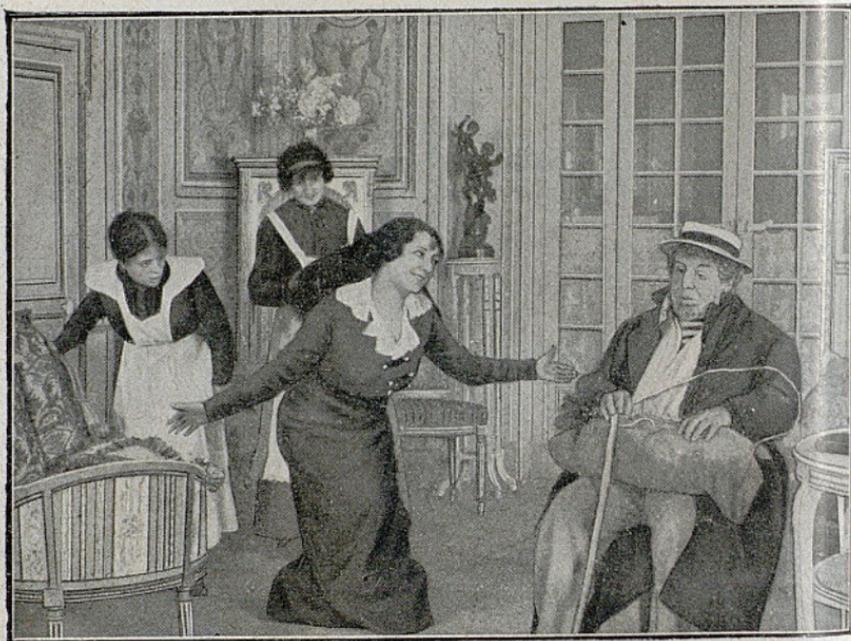
La viuda le sacó de su abstracción, preguntándole con mimo:

--Querriais proceder a una ablución ligera antes de la colación?

## L. Gaumont

Y sin darle tiempo a reflexionar sobre tan extrañas palabras lo llevó al cuarto de baños y lo dejó allí, yéndose ella por su lado al teléfono, a reclamar los auxilios inmediatos de un masagista vigoroso y buen muchacho.

El andraposo dirigió, pasmado, una mirada en torno suyo. Era la primera vez que veía un cuarto de baño y como era natural ignoraba el uso de los innumerables cachivaces que allí había. Así fue que tomando el ja-



— Querríais proceder a una ablución ligera antes de la colación

boncillo por un producto alimenticio se lo llevó a la boca y engullió por entero. En cuanto al agua que llenaba la pila la respetó como cosa sagrada. Era un elemento que le inspiraba siempre un sano terror.

En esto apareció el masajista pedido, por la viuda, vigoroso y buen muchacho, no había porque dudarle pero de piel negra como el alma de un usurero. A su vista el astroso personaje tomó las de Villadiego y el «buen nego» sin inquietarse, se sentó plácidamente en un taburete, esperando a que volviera...

La viuda quedó sorprendida al ver el poco resultado del baño y del masaje, ya que el aspecto de su huésped continuaba siendo tan repulsivo y sórdido como antes. Pensó sin embargo, que el millonario quería conservar hasta el fin su incógnito y su suciedad, y con la más graciosa de sus sonrisas le invitó a que tomara asiento a la mesa.

## L. Gaumont

El haraposo no se lo hizo decir dos veces, y dió comienzo a la comida. Para principiar se echó al colete de un trago el agua que contenía el florero que adornaba la mesa, después, de prenderse las flores en la solapa. Hecho lo cual metió sus manotas negras en la fuente y se apoderó del mejor pedazo de carne, que se puso a despedazar con la única ayuda de sus dientes y uñas...

La viuda empezaba a hallar excesiva tanta originalidad y confun-



en donde templaba los rigores de su cautiverio saboreando,...

dida observó el batallar de su huesped con los diferentes platos traídos por la cocinera.

La llegada inopinada de su tío dió fin a tan deplorable escena. Doña Cruz, hizo esconder en un armario al pordiozero y recibió a su pariente que era de la recomendable clase de «heredables» y por lo tanto merecedor a las mejores atenciones.

El visitante, sorprendido al ver dos cubiertos sobre la mesa, buscó al invisible huesped y lo halló por último encerrado en el armario, en donde templaba los rigores de su cautiverio saboreando el contenido de un pote de confituras.

El buen señor alzó los brazos al cielo, estupefacto.

—Es el millonario Jim Damohn—deslizóle su sobrina al oído. Y em-

## L. Gaumont

pujándole hasta el gabinete contiguo, puso ante su vista el suelto del periódico...

Pero su tío apartó a un lado el diario, riendo y sacó a su vez otro, del bolsillo de su americana, que le dió a leer.

«El millonario Jim Damohn desmiente la información que apareció ayer en un periódico local de la mañana. Nunca ha probado el ser amado por si mismo: jamás se ha disfrazado de pordiosero y se ha casado con una joven que le ha aportado varios millones de dollars en dote. Y por último es hijo único y no tiene por consiguiente ningún hermano que pueda imitarle.»

La viuda, sonrojada de indignación y de vergüenza, solo pensó en la venganza. Corrió al comedor en donde el vagamundo continuaba luchando a brazo partido con la pitanza y lo echó a la calle a empujones y golpes.

Entretanto el tío de la viuda que no conseguía calmar el ataque de hilaridad que tan chusca aventura le había causado, vió de pronto surgir ante él la sombría figura del masajista, que con gritos que denotaban magníficos pulmones reclamaba el importe de sus honorarios y a más una indemnización por el tiempo perdido.

El buen señor huyó de aquella casa, tapándose los oídos, y es de presumir que lloverá mucho, antes de que vuelva a ella.





# El secreto del forzado

Drama

## PRIMERA PARTE

### En la Penitenciaría de Nueva Caledonia

Después de diez años pasados en aquel infierno, la noticia de su licenciamiento produjo a Mareuil una alegría sin límites. No obstante en su rostro enigmático ningún gesto delató su estado de alma. Con la impasibilidad y humilde actitud que desde su ingreso en el presidio no le abandonara procedió a los preparativos de marcha. Diéronle el traje que quitara diez años atrás para vestir la infamante chaquetilla parda, se lo puso sin apresuramientos y siguió al carcelero hasta el despacho del Director de la Penitenciaría.

Este, con una deferencia y atención inusitadas en tal lugar y casos semejantes, entregó la licencia, le devolvió el dinero que al ingresar en el Penal llevaba en los bolsillos, y en razón de la irreprochable conducta que había observado durante el tiempo de su condena, le autorizó por escrito a regresar a Francia por el vapor trasatlántico, surto en el puerto y próximo a partir, evitándole con ello el tener que volver a su patria a bordo del barco penitenciario.

Hecho esto el Director, deseoso de penetrar el misterio que encerraba la historia de su vida, instóle cariñosamente a que le revelara su verdadera identidad. El nombre de Mareuil, en efecto, no era el suyo y lo había dado ante los Jueces de Marsella que fallaron su causa, para impedir que la mancha de su falta recayera sobre un nombre honorable. Los Jueces respetaron este pudor, más como en sus declaraciones el acusado no alegó justificantes que pudieran atenuar su acto, ciñéronse estrictamente al acto mismo y le condenaron a diez años de presidio.

Ocurrió el suceso en una casa de juego. Mareuil hirió allí de un ba-

## L. Gaumont

lazo, a un sujeto de poco recomendables antecedentes, el cual, teniendo no poco que callar contribuyó con su silencio a hacer aún más misteriosa la causa.

El Director del Penal, enterado de todo lo que concernía al preso,



cuyo licenciamiento acababa de firmar, trató una vez más, pues ya en otras ocasiones lo había intentado, de desentrañar aquel misterio y de conocer su verdadero nombre que se le antojaba había de pertenecer a encumbrada familia francesa.

Nada pudo conseguir, y Mareuil, después de estrechar, conmovido, la mano que el Director le tendiera se alejó para siempre de aquel lugar maldito, cerrando así aquel terrible paréntesis de su vida.

## SEGUNDA PARTE

### En Francia

Al poner el pie en el suelo patrio, recobró Mareuil su verdadera personalidad. El forzado había cedido el sitio a un hombre nuevo, Alberto de Marcieux, nieto del ilustre general del mismo nombre.

## L. Gaumont

Henchido el pecho de punzantes recuerdos se dirigió al pueblo que le viera nacer. Ante la casa de sus mayores, vetusta, solitaria, quedóse largo rato en suspenso, sintiendo invadido su ser de un frío de muerte. Una buena mujer, portera quizás de la casa abandonada, púsole al corriente del destino de sus moradores. Su madre había fallecido tres años atrás, con en sus labios el nombre querido de su hijo mayor que había perdido. Acorazado su pecho contra el dolor, Marcieux soportó a pie firme el desgarrador relato. En cuanto a su hermana Lina se había casado hacía dos años, con un magistrado, y vivía en París dichosa y rodeada de estima...

Apuntó las señas de Lina que la buena mujer le diera y se encaminó a la estación, no sin que al pasar por ante el cementerio del pueblo saludara, empañados sus ojos de lágrimas, la tumba en donde dormía el sueño eterno aquella cuya indulgencia y consuelos hubiera hecho menos agobiadora la carga de su pasado.

## TERCERA PARTE

### El Cuarto Número Trece

Llegado a París, Marcieux buscó alojamiento en un hotel sito a proximidad de la estación de Orleans.

—Si no es usted supersticioso —díjole el gerente— podré darle el único cuarto que tengo ahora disponible... el cuarto Número 13.

Marcieux se encojó, escéptico, de hombros. El gerente inscribió su nombre en el registro y mandó a un mozo que lo guiara hasta el cuarto desocupado.

Su primer cuidado al hallarse en él instalado fué telefonar a su hermana.

—«Una persona quiere tener una entrevista a solas con usted para hablarle de su hermano, que hace diez años desapareció...» —dijo, oprimido el pecho, a su hermana Lina que recibió en persona su comunicación.

La Sra. de Brécy, la hermana del forzado, era esposa feliz y madre venturosa. Momentos antes de recibir la comunicación telefónica despedíase enternecida de su esposo que partía para un corto viaje.

Aquella extraordinaria noticia le causó un asombro rayano en estupor, removiendo en su alma dolorosas fibras. La desaparición misteriosa de su hermano mayor, acaecida cuando era aún muy niña, fué, con el fallecimiento de su madre, las dos grandes congojas de su vida límpida y serena.

Así fué que tras de un instante de vacilación respondió:

—«Venga esta noche a casa, a las doce de la noche. Estaré sola, pues mi marido acaba de salir de viaje»...

## L. Gaumont

A las doce menos algunos minutos llamó Marcieux, con el corazón palpitante, a la puerta de la casa de su hermana. Esta en persona vino a abrirle, y anhelosa, sin sospechar en lo más mínimo que lo tenía delante, preguntó por su hermano.



Sí, sí, lo reconocería, —interrumpió ella violentamente

El permaneció algunos instantes silencioso y respondió al fin, dibujándose en sus labios dolorosa sonrisa:

—¡Su hermano vive... sí! Pero tantos pesares ha sufrido, tantos pa-

## L. Gaumont

decimientos ha soportado que nadie le conocería ya, ni aún su hermana...

—Sí, sí, lo reconocería—interrumpió ella vehemente. Algo dentro de mi alma me decía: ¡Ahí tienes a tu hermano!

—No... No, Lina, pues ante tí está!..

Lina se abalanzó a él, presa de indecible emoción: apoyó sus manos en sus hombros y le miró fijamente. Reconocióle. En el fondo de sus pupilas empañadas por las lágrimas, en los rasgos de su fisonomía que el dolor había modificado, vió la imágen del que, antaño, compartió sus juegos.

Apretado abrazo los reunió. Luego, sintiendo él necesidad de explayar su alma ávida de consuelos, contóle su rudo calvario, desde cuando una falta engendrada por la fatalidad arrancóle a los suyos y le hundió en el fango del presidio.

A aquella misma hora, dos sombras se deslizaban, fantasmales, por uno de los pasillos del Hotel de Austerlitz, en donde todo era quietud y silencio. Eran una mujer y un hombre: éste iba arremangado de brazos y en su diestra brillaba un cuchillo; aquella llevaba, bajo el brazo, disimulado, un gran envoltorio. Llegaron hasta la puerta del cuarto Número 13, cercioráronse de que nadie lo ocupaba y entraron.

Mientras la mujer se quedaba en el umbral, vigilando el pasillo, el hombre se dirigió al tocador, abrió el grifo y hundió sus manos en el agua, que al punto tomó una coloración rojiza.

Después de un lavado hecho sin grandes requilorios, secóse las manos con una tohalla, introdujo el cuchillo entre los dos colchones de la cama y se fué con su compañera, a pasos furtivos, en dirección a la puerta de salida.

En este mismo instante el reloj de la estación de Austerlitz rasgaba el silencio de la noche con un solo y vibrante tañido. Era la una de la madrugada.

Mientras tanto Lina, ante la cuna de su hija, mostraba ésta a su hermano, con una mirada enternecida que decía elocuentemente todo su amor de madre.

Y ante esta cuna hizo él un juramento, contra el cual apenas osó su hermana alzarse:

—«Te juro, Lina, que nadie sabrá nunca mi penoso secreto. Tu hija no tendrá que avergonzarse jamás de su tío...»

Era ya tarde... Acababan de dar las dos en el reloj del vestíbulo, y comprendiendo que de prolongarse más tiempo la visita acabaría por dar lugar ello a equívocos comentarios, despidióse Marcieux de su hermana, y tras de un apretado abrazo, bajó a la calle. Un automóvil libre pasaba en aquel mismo instante.—Al Hotel de Austerlitz—gritó al chauffeur, y después de media hora de carrera a través de las calles silenciosas se encontró ante el Hotel.

## L. Gaumont

Apeóse, pagó al chauffeur y se dispuso a entrar en el Hotel, cuya puerta por una particularidad extraña que no dejó de chocarle estaba abierta. De pronto oyó una voz que le llamaba. Volvióse. Era el chauffeur que había hallado en el coche su abrigo y corría a devolvérselo. Lo tomó, dió a aquél las gracias y poniéndoselo terciado en el brazo entró en el Hotel. Las luces estaban apagadas y las puertas abiertas. Marcieux, vagamente angustiado, subió al estrado en donde se elevaba la mesa del gerente, ocupada durante la noche por el vigilante de turno, y abrió el conmutador de la electricidad... Y el espectáculo que se ofreció a su vista, al hacerse la luz, le paralizó de terror.

El vigilante nocturno yacía en el estrado, a los piés de la mesa, bañado en un charco de sangre: ésta debió escaparse con extrema violencia por la horrible herida que casi seccionaba su garganta y salpicaba la pared, la mesa y una caja de caudales que, descerrajada y abierta, mostraba bien evidente el móvil del horrendo crimen.

Marcieux, con las sienes humedecidas de un sudor helado, no supo lo que hacer. Quiso, primero, pedir socorro, mas un resto de razón le recordó su falsa posición, su juramento...

Y prevaleciendo sobre todo el sentimiento de salvaguardar el honor de los suyos, huyó, dejando en su desvarío, junto al cadáver su abrigo.

Entró precipitadamente en la estación de Orleans, tomó un billete para Burdeos y salía poco después, en el rápido de las 3'17, con destino a la capital girondina.

## CUARTA PARTE

### La Sumaria

El crimen fué descubierto aquella misma mañana. El comisario de policía y el médico legista se trasladaron al lugar del suceso y procedieron a las prácticas usuales. El asesino había dejado tras de sí huellas fehacientes de su paso. El abrigo, olvidado junto a la víctima; en su cuarto—el número 13—un lavabo lleno de agua enrojecida, marcas de dedos en el grifo y en la tohalla, y como si no fuera bastante, escondido entre los dos colchones, el cuchillo que sirvió para perpetrar el crimen.

La sumaria demostro además que éste debió cometerse a eso de la una de la madrugada, a pesar de que en el bolsillo del sobretodo se había hallado un billete del Metropolitano, tomado en la estación de Austerlitz, la noche del crimen, a las doce.

Entre otros objetos y documentos sin valor, encontróse en el cuarto Número 13, una hoja de papel que afirmó más aún, no las sospechas, sino la certidumbre.

## L. Gaumont

Era dicha hoja la licencia del presidiario Mareuil, expedida por el director del establecimiento penitenciario de Nueva Caledonia.

A Bremond, astuto policía que en más de una ocasión había dado pruebas de una extraordinaria habilidad encargóse del asunto. Trasladóse sin perder un instante a la estación de Orleans, indagó entre los empleados que se hallaban en la noche del crimen y sobre sus indicaciones tomó el tren para Burdeos,

Al llegar a Burdeos perdió la pista. Recorrió una a una las distintas Compañías de Navegación: desde hacía veinte y cuatro horas no había zarpado trasatlántico alguno. Bremond distribuyó la filiación antropométrica del licenciado de presidio y volvió a París, desalentado.

\* \* \*

Sin embargo, Marcieux no estaba lejos. Haciéndose pasar por un turista había conseguido que lo tomaran de pasajero a bordo de uno de esos barcos pesqueros de Arcachón que van hasta las costas marroquies. Una vez desembarcado en éstas, desaparecería...

El barco había de aparejar dos días después. Mareuil alquiló un cuartucho cerca del muelle y esperó ansioso el momento de embarcar.

Ahora bien un marinero del «Tritón» que era el nombre del pesquero, leía, horas después de ver el extraño pasajero, el anuncio siguiente:

«La Sociedad Anónima de Hoteles del Oeste ofrece 5.000 francos a quien ayude a la policía a capturar al ex-forzado Mareuil, el asesino del Hotel de Austerlitz, cuya filiación sigue...»

Las señas coincidían, y persuadido de que el licenciado de presidio y el pretendido turista eran una misma persona, dirigió a la Prefectura de Policía de París el siguiente telegrama:

«Vengan pronto Arcachón. Creo Mareuil a bordo Tritón que zarpa mañana para Marid. Le vigilaré.—Raymond. Marinero del Tritón».

\* \* \*

Bremond, al tener noticia de este telegrama, tomó el rápido, llegó a Burdeos y se trasladó de esta capital a Arcachón, en automóvil. Mas por mucho que hizo forzar la marcha, no pudo llegar a tiempo. El «Tritón» acababa de largar sus amarras, y desaparecía a lo lejos.

El policía no se dió por vencido. Hizo señas a un bote automóvil que evolucionaba, rápido, por el puerto, y enterado su conductor de la calidad de Bremond y del favor que de él se exigía, púsose inmediatamente a su disposición.

El Inspector tomó asiento en el bote, y éste se dirigió, veloz, brincando por encima de las olas, hacia el pesquero.

Marcieux vió y comprendió que era él la presa de aquel obstinado

## L. Gaumont

cazador. Silencioso, estoico, no se movió del puente, en donde estaba, y cuando Bremond saltó a cubierta y se dirigió a él amenazante, tendiéndole dócilmente sus dos manos. El policía, sorprendido ante tanta docilidad espasó al prisionero, y después de excusarse cerca del capitán por la molestia que le originaba, volvió con él a Arcachón en el bote automóvil.

Horas después tomaban el tren con destino a París.

## QUINTA PARTE

### La Coartada

Durante el viaje Bremond echó mano a toda su habilidad y astucia para arrancar al ex-presidario algunas confidencias. A todas sus preguntas contestaba éste invariablemente:—Soy inocente...



...experimentaron por un instante la íntima sensación de que aquel hombre no mentía.

Fueron estas mismas palabras las que formuló al llegar a París, ante el juez instructor, con tal acento de sinceridad que éste y los que se hallaban con él en el despacho experimentaron por un instante la íntima sensación de que aquel hombre no mentía.

## L. Gaumont

Porque, a pesar de las irrefutables pruebas que contra él se poseían, dos cosas había que las desbarataban.

1.º Aquel billete del Metropolitano tomado el 3 de Enero poco antes de las doce de la noche en la estación de Austerlitz.

2.º Las marcas de dedos halladas en el cuarto Número 13, sobre el tocador y la tohalla, marcas que no coincidían con las que dejaron los dedos de Marcieux, al someterle el médico legista a esta operación.

Más en vano el juez, el abogado y hasta el mismo Bremond trataron de que el acusado diera cuenta del empleo de su tiempo a la una de la madrugada... Marcieux, al oír estas palabras, permanecía silencioso y meneaba la cabeza con un gesto de profundo desaliento y de desesperación. Podía probar fácilmente la coartada, pero para ello había de quebrantar su juramento, y antes que hacerlo estaba dispuesto a sufrir todas las pruebas y a padecer todos los tormentos...

Los periódicos se ocuparon, en sendas informaciones, del misterioso suceso.

«El ex-forzado Marcieux se verá pues perdido si no prueba la coartada dando cuenta del empleo de su tiempo entre las doce y dos de la madrugada en la noche del 3 al 4 de Enero.

leyó una mañana la Sra. de Brécy:

«Ruégase a los cocheros o chauffeurs que hayan conducido viajeros al Hotel Austerlitz en la noche del 3 al 4 de Enero se presenten al Sr. Bergeron, abogado de la Audiencia, con lo que coadyuvarán en gran manera a la obra de la justicia...»

leyó casi a la misma hora un cochero de punto, a quien tales líneas llevó a la memoria la imagen de una persona que había conducido al lugar del crimen la misma noche de perpetrarse éste.

Y una y otro se dirigieron casi simultáneamente a la Audiencia, animados de un mismo y generoso impulso.

\* \* \*

Lina de Brécy llegó, primero, al despacho del Juez. Este la recibió en el acto con gran afabilidad, y sorprendido leyó estas líneas que aquella le entregó:

*Certifico que el acusado Juan Maureuil se llama realmente Alfredo Marcieux, que es mi hermano y que en la noche del 3 de Enero, entre las doce y las dos de la madrugada se hallaba en mi compañía, en mi domicilio del Boulevard Magenta 305.—Lina de Brécy.*

## L. Gaumont

Grave, respetando el dolor que afligía a la joven, dijo el Juez devolviéndole el certificado:

—Es enojoso señora, que nadie más que usted pueda atestiguar en favor de su hermano.

Acababa de decir estas palabras cuando entró el chauffeur. Declaró haber conducido al Hotel Austerlitz la noche del crimen a una persona



Y en los brazos de ésta cayó al desdichado loco de alegría.

cuyas señas coincidían con las señaladas por el periódico. El Juez hizo retirar a la señora de Brecy a una habitación contigua y mandó que llevaran a su presencia a Marcieux. El chauffeur, al verlo, lo reconoció sin esfuerzo alguno.

—Marcieux—dijo entonces el Juez.—Sabemos por su hermana, la señora de Brecy, el empleo de su tiempo entre las doce y las dos de la mañana. El testimonio de este hombre corrobora la afirmación de su hermana y echa por tierra todas las demás pruebas que pesan sobre usted Marcieux, está usted libre!

Marcieux sintió que la emoción le ahogaba y que las piernas se negaban a sostener su cuerpo. El Juez llamó entonces con enternecedora solicitud a la señora de Brecy, y en los brazos de ésta cayó el desdichado, loco de alegría.

## L. Gaumont

El Juez firmó la orden de libertad y se la entregó a Marcieux. Bremond se acercó a éste y le estrechó la mano:

—Tengo que tomar mi desquite... tengo que cojer a los asesinos, o pierdo mi nombre...

—Yo le ayudaré!—respondió Marcieux, repuesto ya de su emoción.

## SEXTA PARTE

### Los verdaderos culpables.

El inspector Bremond y Marcieux hiciéronse los mejores amigos del mundo, y comenzaron, juntos, nuevas pesquisas.



Una vez fué un cuchillo de la misma forma...

Trasladáronse al Hotel y consultaron en el libro registro del Hotel la lista de los viajeros que se hallaban en él la noche del crimen. Sus primeras investigaciones probáronles la inocencia de los viajeros interro-

## L. Gaumont

gados. Fuera de algunos extranjeros que se vieron en la imposibilidad de interrogar por hallarse fuera, mas que todas las presunciones ponían al abrigo de la sospecha, había un matrimonio que había salido del Hotel al día siguiente del crimen y que un secreto instinto les señaló como culpables. Llamábanse Vicart y vivía en Bayona, en donde tenía un garage de automóviles.

Al día siguiente hallábanse en Bayona. La joven y linda esposa de Bremond formaba parte de la expedición. Dirigiéronse a casa de los Vi-



cuyas marcas coincidían en absoluto con las que se habían hallado en el cuarto nº 13

cart, que poseían un garage bien surtido, y dándose como turistas, expresaron el deseo de comprar un automóvil.

Marcieux, al ver a la mujer de Vicart recordó de pronto su fisonomía. La había visto en el salón de lectura del Hotel de Austerlitz, al dirigirse guiado por el criado al cuarto que le habían destinado, la noche del crimen.

La entrevista duró largo rato, y durante la misma la mujer de Bremond, aleccionada por su marido y Marcieux, empezó a envolver a Vicart en la trama sutil de sus hechizos.

Aquella noche, en la posada a donde fueron a hospedarse. prepararon Bremond y Marcieux el plan de campaña. Este plan era sencillo y

## L. Gaumont

viejo como el mundo. Era el mejor, el que siempre da resultado, ya que pone a dos mujeres frente a frente, y que los celos y el odio entran en juego.

—Se puede esperar todo—ha dicho un policía célebre—de una mujer celosa. Haría justicia a su mismo padre!

Por infernal que fuese el plan delineado, el hecho de ir dirigido contra tales miserables lo abonaba...

La transacción pretendida fue interminable. Las visitas menudeaban y la mujer de Bremond no tardó en despertar en el pecho de Vicart una culpable y violenta pasión. Marcieux entre tanto observaba y sus conjeturas fueron afirmándose cada día más. Una vez fue un cuchillo de la misma forma que el que sirvió para perpetrar el crimen, que entregó a Vicart, distraído, para que cortara un lápiz, y cuya vista produjo en el miserable un movimiento instintivo de retroceso, que simuló no observar... Otra una tohalla en la que el mismo enjugó sus dedos grasientos, y cuyas marcas coincidían en absoluto con las que se habían hallado en el cuarto N.º 13.

Mientras que Marcieux y Bremond iban atando cabos, la mujer de este último envolvía a Vicart en la trampa ligera de sus coqueterías, cautivándolo y aturdiéndolo a los ojos mismos de su esposa, cuya sangre se encendía...



La amistad fue estrechándose. Una mañana, para resolver al fin la cuestión de la compra, convidaron los forasteros al matrimonio Vicart, a almorzar con ellos en las afueras.

Trasladáronse en automóvil a un pintoresco punto del litoral, y en medio de la mayor alegría dióse principio al almuerzo.

La mujer de Bremond forzó la nota, y sin pudor abiertamente, coqueteó con Vicart, a la vista de su misma mujer. La borrasca que Marcieux y Bremond habían preparado pacientemente estalló, como no podía ser menos, violentísima.

La Vicart, fuera de sí, como un tigre, se abalanzó a la mujer de Bremond, la insultó y la echó afuera. Marcieux y Bremond siguieron a la joven, que fingía un gran desconsuelo e indignación y la puerta se cerró bruscamente tras ellos.

Pusiéronse entonces a escuchar. La Vicart, furiosa, apostrofaba a su marido:—Te prohibo que vuelvas a ver a esa mujer. Lo oyes?—Estás loca--respondió él con gran desfachatez —La veré y la haré mía... No ves lo «chalada» que está por mí...

Esta desdichada frase fue la chispa que produjo la explosión.

—Tuya...?—rugió la Vicart.—Jamás! Antes te veré en la cárcel... pues diré a todo el mundo que eres un asesino! un asesino!

Vicart palideció y con los ojos desenchajados, se precipitó sobre su

## L. Gaumont

mujer y le tapó la boca. Pero era ya tarde. La puerta se abrió violentamente y Marcieux y Brémont aparecieron...

El miserable comprendió... Y dando un salto desesperado desapareció por la ventana. Cayó en la carretera, levantóse precipitadamente sin sentir apenas el dolor de la caída y subiendo al automóvil que habían uti-



Y dando un salto desesperado desapareció por la ventana

lizado para la excursión, lanzólo en cuarta en dirección a la frontera española.

Mientras tanto Marcieux y Bremond luchaban a brazo partido con la Vicart, hecha una furia. Lograron sujetarla, y mientras Bremond se quedaba custodiándola, y su mujer transmitía presurosa, un despacho a la gendarmería, para que detuvieran al asesino, Marcieux montó en otro automóvil y se puso en su seguimiento.

\* \* \*

Vicart, inclinado sobre el volante veía disminuir la distancia que le separaba de la frontera. Habilísimo conductor, salvó a tan fantástica velocidad los infinitos recodos y vueltas de la carretera, hasta llegar a la

## L. Gaumont

de Figuiet que contorna el pavoroso e imponente precipicio del mismo nombre.

Allí, por lo angosto del camino, moderó la marcha. De pronto se escapó un rugido de su garganta. Ante él, interceptando la carretera había dos gendarmes que le apuntaban con sus revólveres...

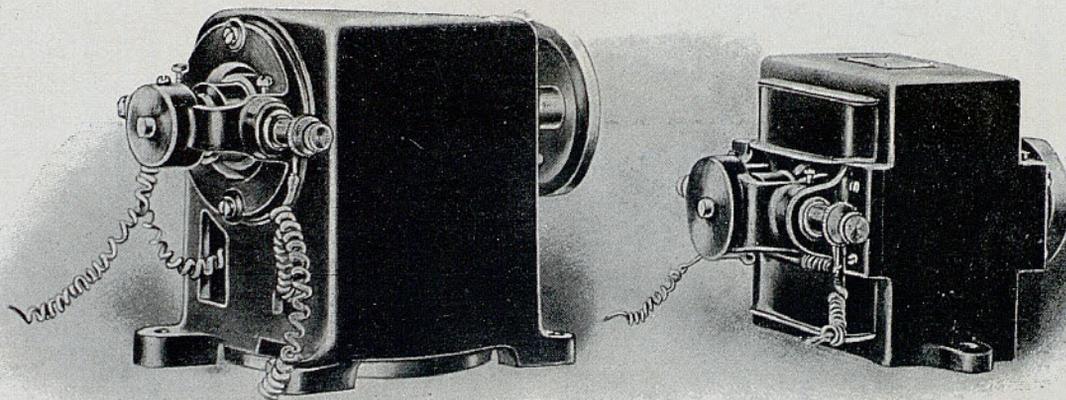
Estaba perdido! Desesperado, en un impulso irreflexivo, loco, dió al volante un brusco movimiento...

Y este movimiento que precipitó a su automóvil, desde una altura de trescientos pies, ahorró a la justicia el trabajo de juzgar y de fallar su causa!



# Dinamos Tipo A y Tipo B

para instalaciones cinematográficas



Pídase el material eléctrico de precisión GAUMONT

L. Gaumont

# Cinematografía en color Gaumont

## Una visita por las colecciones Zoológicas

### Documentaria

Esta película admirablemente colorida, nos muestra en cuadros de gran limpieza y nitidez vistas de algunos animales en cautividad.

Vemos en primer lugar retozando en su elemento natural una población de aves acuáticas de formas y colores varios. Cisnes de blanco plumaje y formas elegantes, patos salvajes de pesado vuelo, ánades, pelícanos, negros cormoranes, gaviotas de rápido alatear...

A continuación asistimos a la comida de un tigre de andar perezoso y flexible, de capa rayada, magnífica. Es el tigre real de Bengala, cuyos maullidos han debido retumbar más de una vez en las soledades de la Selva Negra.

Dejemos al tigre, ocupado en devorar su pitanza y pasemos a presenciar el galopar, en torno de su jaula, y amenizado de brincos y corvetas de un Niú, especie de antílope de América del tamaño de un asno.

A la orilla de un estanque observamos las zambullidas y juegos en el agua de otarias, especie de focas, aunque de mayor corpulencia, de América del Norte.

Vemos a renglón seguido un rinoceronte dotado de dos cuernos, de poco simpático aspecto; un hipopótamo muy ocupado en triturar entre sus enormes fauces el trozo de carne con que le han obsequiado; algunos osos polares de albo ropaje y pesada marcha y por último, para completar la serie, un elefante de macizas proporciones lo cual no le impide ejecutar ante nosotros, ejercicios varios que ponen en evidencia su soltura y agilidad relativas...





## El descubrimiento de Pascual Hebert



### Dramática

Pascual Hebert era ayer un sabio obscuro, desconocido... mañana su nombre será pregonado por la fama, mañana recojerá el fruto de toda una vida de estudio y de lucha constante contra la adversidad. Sus largos



con los ojos extraviados, una mueca de horror en su semblante...

y pacientes esfuerzos han dado por resultado el descubrimiento de un suero capaz de curar la parálisis... Ha dado cima a sus trabajos y solo le falta presentarlo ante la Academia de Medicina.

Más tan abrumadora labor ha aniquilado su organismo. Y el desdichado, viendo acercarse el momento memorable, siente flaquear su razón.

Una tierna amistad precursora de más dulce sentimiento une a Berta su hija, y a Federico, su alumno preferido. Dario, pensado con ello perderlo a los ojos de la mujer amada, incita a su compañero a hacer internar en una casa de locos al sabio, cuya razón está a punto de zozobrar, para luego, libres de su presencia, poder apoderarse de la preciosa fórmula.

## L. Gaumont

Federico, ambicioso y sin escrúpulos, escucha tan criminales consejos. Llama al médico, y éste después de observar el estado de depresión mental de Hebert y tomando en consideración sus falsas declaraciones, corroboradas por Dario, expide sin dificultad el acto de internamiento.

Los loqueros vienen y tras de una escena desgarradora es conducido el sabio, al Manicomio y encerrado en él, en medio de una población de dementes.

Federico, llegada la noche, se introduce a tientas en el laboratorio del desdichado sabio, abre el armario en donde éste guarda la preciosa fórmula y va a apoderarse de ella, cuando su mano, torpe por la obscuridad tropieza con la ampolla de suero y éste se derrama...

Y Berta, que a favor de la obscuridad presencia el crimen de Federico, oye elevarse un grito terrible de dolor, cual rugido de fiera herida... Acérase a él horrorizada y ve que su brazo cuelga inerte, y que un gesto de intenso padecer crispera su rostro...



Pascual Heber, después de algunas semanas de internamiento es devuelto a su hija, y olvidadizo de la ignominia de sus alumnos, decide hacer lo imposible para curar a Federico la parálisis. Provisto del remedio salvador se traslada a la cabecera del enfermo, en torno del cual algunos médicos le esperan.

El viejo sabio se acerca a la cama con pasos vacilantes, más al disponerse a administrar el remedio las reminiscencias de los padecimientos pasados provocan en él una crisis verdadera de locura... Con los ojos extraviados, una mueca de horror en su semblante, retrocede y suelta la ampolla que se hace añicos en el suelo. Y esta crisis es para Federico su sentencia de muerte, y para la humanidad la pérdida de un portentoso descubrimiento.



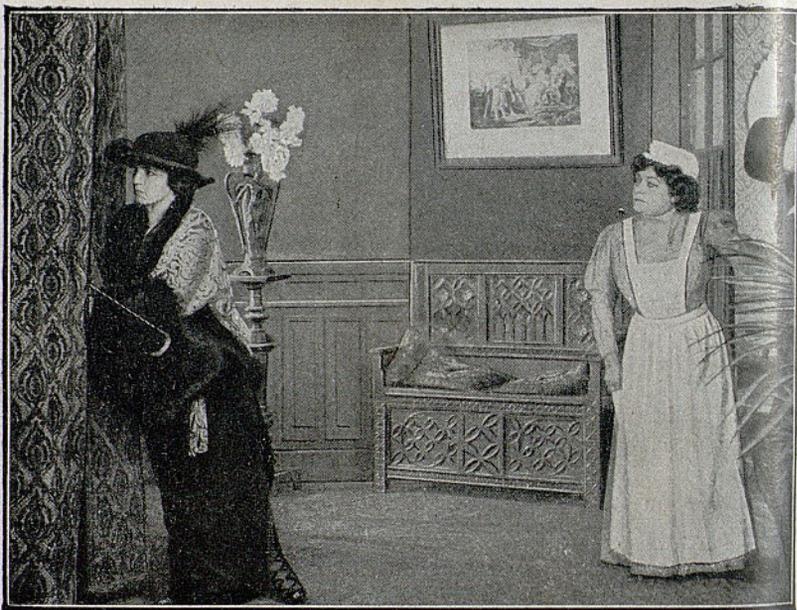


## UN ZORRO VIEJO



### Comedia

Don Hermógenes Botijillo sentía un verdadero flaco por las artistas de teatro, ya fueran del género grande, chico o ínfimo; lo esencial para él era que pertenecieran al género femenino.



La artista, desesperada, no sabía donde meter al imprudente

Una tarde que se hallaba de acecho a la puerta de un teatro celebrado por la belleza y garabato de sus artistas, salieron de él dos mujeres garbosas y de buen trapío, que nuestro héroe se puso incontinentemente a seguir, agobiándolas con piropos y requiebros de su especialidad, es decir más malos los unos que los otros.

Las dos actrices, pues lo eran y de primera fila se detuvieron ante el escaparate de una tienda de modas.

—Mira,—dijo una de ellas señalando un monumento informe coro-

## L. Gaumont

nado de plumas y cintajos.—Mira el sombrero que querría para estrenar «El Arte de Hacer Ebonita...» Rafael no ha querido comprármelo...

Don Hermógenes no echó en saco roto estas palabras. Acercóse al grupo y brindóse, salamero, a comprar el monumento. Las interpeladas lo miraron de pies a cabeza, soltaron el trapo a reír y se alejaron sin constatarle. Otro que don Hermógenes hubiera abandonado la partida, pero no nuestro hombre, que no se conmovía en lo más mínimo ante un primer fracaso.—En empresas amorias—decía—hav que ser obstinado.



El marido, inquieto intentó apaciguarlo

Y fue obstinado hasta la exageración. La del sombrero, después de despedirse de su amiga, intentó lo imposible para librarse de su pegajoso seguidor. No pudo conseguirlo, ni apretando el paso, ni metiéndose por barrios laberínticos. Subió las escaleras de su casa sudorosa, con don Hermógenes pisándole los talones, y después de recomendar a la criada que vino a abrirla que no dejara pasar al atrevido se refugió en su gabinete y se dejó caer en una silla, sin fuerzas.

Don Hermógenes corrompió a la menegilda, y entró como un vendabal en el gabinete de la actriz. Esta, estupefacta de audacia tanta, apenas pudo balbucear:—Caballero... Qué atrevimiento...! le digo que soy casada...—Y que tiene que ver—exclamó él.—También lo soy yo...!

## L. Gaumont

Y echándose a sus pies y llevándose la mano a su corazón repuso patético:

—Os adoro, arrebatadora criatura... Os adoro...

Sonó en esto la campanilla violentamente. La criada entró como una tromba en la estancia:—El señorito...

La artista, desesperada, no sabía donde esconder al imprudente y temerario don Hermógenes. Sabía lo celoso que era su marido y presintió una catástrofe.



... recibió la artista el tan deseado sombrero...

Mas nuestro héroe era un bribón de siete suelas y encontró en el acto la fórmula que había de librarle de los bastonazos que amenazaban, inminentes, la integridad de su físico. Apoderóse de una maceta que adornaba la ventana, la hizo pedazos; desparramó la tierra sobre su traje, apabulló de un puñetazo su sombrero de copa y se puso a chillar como un energúmeno.

El marido apareció en aquel instante, colérico de que hubieran tardado tanto en abrirle.

—Es intolerable! intolerable! —gritó don Hermógenes a su vista. —Paso por la calle tan tranquilo y zas! una maceta en la cabeza... una maceta con su correspondiente mata, que por poco me idem... Pediré justicia, indemnizaciones, daños y perjuicios...

## L. Gaumont

El marido inquieto, intentó apaciguarlo. Mas como don Hermógenes no depusiera su enfado, tuvo que darle su levita, su sombrero de copa reluciente y por último un billete de veinte duros para conseguirlo.

Don Hermógenes, ya más calmado salió de la casa, acompañado hasta la escalera por el marido que se deshacía en excusas. Su mujer, en presencia de tamaño desenfado, hacíase cruces...



Horas después de sucedida esta escena recibió la artista el tan ansiado sombrero, en el cual encontró prendida la tarjeta siguiente:

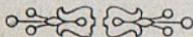
### HERMÓGENES BOTIJILLO

Abonado a la 4.<sup>a</sup> de Apolo

*B. L. M.*

*a doña Inés Plorada y muy dichosa de haber sido coronado de rosas por sus bellas manos le ruego acepte este sombrero «pagado por su marido» con el testimonio de su respetuosa admiración.*

Y doña Inés, alegre como unas pascuas, olvidándose de su insolente obstinación reconoció en don Hermógenes las dotes de un perfecto caballero...





El bobinador  
más práctico  
es sin duda alguna



El Bobinador Doble  
TIPO  
Gaumont



# El secreto del forzado

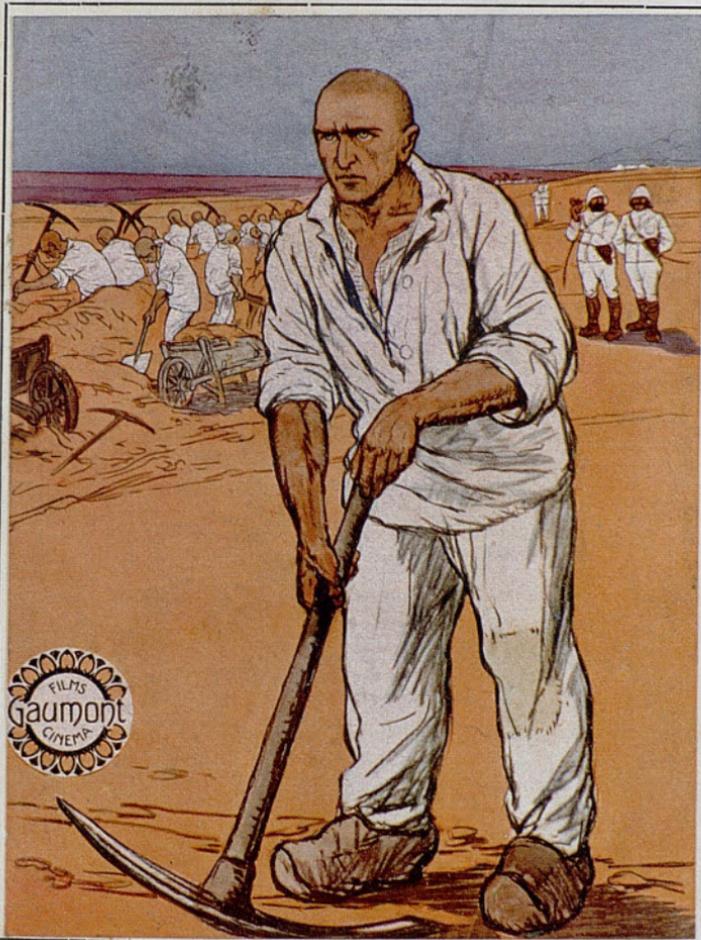
2 Carteles 1'50 x 1'10 m.

Metraje total 1.175

Metros en virajes 982



# EL SECRETO DEL FORZADO



L. Gaumont

66, Paseo de Gracia.-BARCELONA

Dirección telegráfica y telefónica

CRONO

TELÉFONO: 2991

Sucursales:

Madrid, Fúcar, 22 pral. Dirección telegráfica: CRONO Teléfono, 3375

Bilbao, Colón Larraátegui, 15 y 17 Dirección telegráfica: CRONO. Teléf. 1490